

De Magistro de san Agustín: diálogo, libertad interior y verdad en el educar

Sección temática: 8. Historia de la filosofía.

Pamela Chávez Aguilar

Doctora en Filosofía mención Ética, Profesora del Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile

pchavez@u.uchile.cl

Resumen

En qué consiste educar es una pregunta que ha interesado vitalmente a padres, educadores y sociedades en diversas épocas y culturas. Actualmente, el énfasis pedagógico en aspectos metodológicos y técnicos puede hacer perder de vista el auténtico sentido y carácter del educar. Por ello, en la reflexión de Agustín de Hipona (354-430) buscamos reencontrar el sentido de este arte; tangencialmente, el método usado sugiere una forma posible de beber de las profundas fuentes de los pensadores antiguos y medievales, en sincera y simétrica conversación con los problemas y enfoques de la filosofía contemporánea.

Este bello diálogo del pensador con su hijo adolescente Adeodato, de quien el propio Agustín resalta su ingenio y dones¹, comienza con una profunda disquisición sobre los signos, los nombres y palabras y su relación con las cosas significadas por ellos; se concluye que, aunque importantes y valiosos para la enseñanza, no contienen lo modular de ésta.

Las palabras del maestro que enseña, sólo pueden ser una invitación, motivación o incitación (*admonitio*) que despierte en otro el recuerdo o la búsqueda de conocimiento, trayendo a su presencia las cosas significadas², sensibles o inteligibles según el lenguaje platónico internalizado por Agustín. Pero ese traer delante sólo es el primer paso que requiere la respuesta interior, el ejercicio de la memoria que reúne experiencias y la voluntad libre y deseosa de entender lo escuchado; requiere la relación con las cosas, la propia experiencia de la realidad que es la que permitirá entender el sentido de las palabras. El aprender es una acción interior, en la cual serán importantes la memoria, la voluntad y el deseo.

La estructura dialógica del texto muestra la importancia del encuentro personal, de la relación comunicativa con otro para el aprender. Supuesta la veracidad, la persona se manifiesta en las palabras, por lo que el diálogo es fuente de vínculo y, como se ha dicho, fundamento de la sociabilidad humana³. Ello va mostrando también la necesidad de ciertas virtudes dialógicas, pedagógicas e investigativas, tales como la veracidad y transparente confianza entre los interlocutores, la no temeridad de tener por cierto o

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, IX, 6, 14. En: SAN AGUSTÍN (2013), OC II. Traducción de A. C. Vega, 2^a edición revisada por J. Rodríguez D. Madrid: BAC, p. 314.

² SAN AGUSTÍN, *El Maestro*, 36. En: SAN AGUSTÍN (2009), OC III. Traducción de M. Martínez y S. Santamaría del Río. Madrid: BAC, p. 657.

³ CAPÁNAGA, V. (2009), “Introducción a ‘El maestro’”. En: SAN AGUSTÍN (2009), OC III. Traducción de M. Martínez y S. Santamaría del Río. Madrid: BAC, p. 586.

juzgar lo que se ignora, el no perturbarse cuando las propias convicciones se van debilitando en la disputa, el ceder ante las razones bien consideradas y examinadas, el vencer el temor y el desaliento de la razón que podría quedar paralizada cuando se derrumba lo que se tenía como sumamente cierto y firme⁴.

Y, finalmente, aprender requiere la humildad de aceptar que ni el maestro ni el aprendiz son el origen de la verdad, sino el Maestro interior. Siguiendo la sentencia del Evangelio: *Uno es vuestro maestro*⁵, Agustín identifica a Cristo, la eterna sabiduría de Dios, con esta luz que ilumina a todo ser humano y sin la cual sería imposible pronunciar el asentimiento interior a una verdad o su negación⁶. Más allá de este fundamento teológico cristiano, lo expuesto por Agustín se abre a un sentido traducible para otros creyentes y no creyentes: la necesaria humildad tanto del maestro como del discípulo, que reconocen la fragilidad del ser humano y que el aprendizaje y el saber les trascienden; en palabras de Agustín: *yo nunca puedo enseñar*⁷. El reconocimiento del aspecto donado y trascendente de la verdad, junto a la acción despertadora y paciente del maestro y el acto interior del que aprende en el diálogo formativo, ponen de manifiesto el vínculo de quienes buscan en conjunto una verdad común.

De este modo, el diálogo, la libertad interior y la verdad son elementos centrales del enseñar y el aprender; en palabras de Agustín: *Una vez que los maestros han explicado las disciplinas que profesan enseñar, las leyes de la virtud y la sabiduría, entonces los discípulos juzgan en sí mismos si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior. Entonces es cuando aprenden*⁸.

⁴ SAN AGUSTÍN, *De Mag.*, 31; 42.

⁵ SAN AGUSTÍN, *Las Retractaciones*, I, 12. En: SAN AGUSTÍN (1995), OC XL. Traducción de T. Madrid. Madrid: BAC, p. 687.

⁶ SAN AGUSTÍN, *De Mag.*, 38.

⁷ SAN AGUSTÍN, *De Mag.*, 46.

⁸ SAN AGUSTÍN, *De Mag.*, 45.